

Araceli Reynoso Medina

## **Revueltas y rebeliones de los esclavos africanos en la Nueva España**

Una de las expresiones de mayor fuerza y dramatismo asociado al fenómeno de la esclavitud, es precisamente la lucha por eludirla. La lucha tenaz de los esclavos por liberarse de la esclavitud, comienza desde el momento mismo de ser cautivos en tierras africanas, en los barcos negreros, en la travesía a su destino final, y ya en el Nuevo Mundo en los campos, haciendas, minas y obrajes a donde fueron destinados.

Esta lucha no fue en una sola vertiente, precisamente por las condiciones de la esclavitud, el africano se vio obligado a asumir una serie de prácticas vitales que le redimieran de tan triste condición. El mestizaje y el trabajo especializado, fueron dos de las estrategias que el esclavo halló a su alcance para aspirar a una situación menos cruel y hasta para trascender su triste condición de esclavo, pues su unión preferente con la india (más que con la africana) contraviniendo las disposiciones metropolitanas, la estableció para liberar a sus hijos de la esclavitud. El desempeño de labores específicas dentro del ámbito del trabajo y su cualificación (fuese como maese del azúcar en las haciendas azucareras o como tejedor en los obrajes o como vaquero-capataz en las estancias ganaderas) le significó la posibilidad de un mejor trato, de una vida de cuasi libertad y quizá hasta de la manumisión. A pesar de poder conseguir mejores condiciones a su vida cotidiana, el esclavo no se conformó con esto sino que luchó por alcanzar su plena libertad, fuese de manera legal o mediante la violencia.

Las prácticas legales que el sistema jurídico hispano les reservó, como lo fue la alforría, la manumisión y coartación fueron utilizadas por los esclavos para conseguir su libertad. Y lo hicieron de una manera amplia, según se desprende de los documentos revisados por los investigadores del tema afroamericano.

Sin embargo muchos otros esclavos africanos no tuvieron otra salida que buscar la libertad a fuerza, utilizando diversas prácticas destructivas y violentas: la resistencia, la huida, las revueltas y rebeliones fueron las formas de tenaz oposición que los esclavos utilizaron para redimirse de su condición y para enfrentar al régimen esclavista implementado por los colonizadores europeos en el Nuevo Mundo, pues desde los hoy Estados Unidos hasta Argentina y desde el siglo XVI hasta el siglo XIX hubo movimientos de esclavos insurrectos en lucha por su libertad.

En todo este amplio territorio se da la huida como el recurso más frecuente de los esclavos para liberarse, solos o en pequeños núcleos, hacia lugares o regiones de difícil acceso, para unirse después con otros huidos y formar comunidades rebeldes. Conocidos como *cimarrones* (en alusión a los animales domésticos que se escapaban a las montañas) consiguieron constituirse en núcleos poblacionales que representaron un reto permanente al sistema político-administrativo virreinal.

Más aún, varios de estas historias de insurrección negra, culminaron con la fundación temporal o permanente de comunidades cimarronas que fueron conocidas de varias maneras: *palenques*, *quilombos*, *mocambos*, *cumbes*, *madeiras*, *bambises*. Estos lugares guardaron en común ser asentamientos apartados, en lugares generalmente montañosos, pantanosos, en cañadas o bosques selváticos, en fin de

difícil acceso. Su ubicación representó la imposibilidad de ser alcanzados por los rancheadores y hasta por los ejércitos realistas, ya que la existencia de estas comunidades cimarronas puso en aprietos a la administración virreinal y aún la metropolitana, que se vio obligada a actuar con severidad y ostentación militar.

La existencia de estos enclaves representaron la conformación de sociedades nuevas donde los africanos pusieron en juego todos los conocimientos traídos de África, otros más aprendidos de los indios y aún de los europeos. Hicieron suyas las diversas influencias y de acuerdo al medio y a las circunstancias las aplicaron de manera original, conquistaron

*el derecho de poner en práctica su creatividad, capacidad de adaptación y experiencia colectiva, recurriendo a su tradición ancestral y creando nuevas formas de cultura a las que se les puede llamar con toda propiedad, culturas o sociedades cimarronas* (Martínez Montiel: 1995: 611).

En los albores del siglo XXI, los descendientes de los cimarrones aún forman enclaves semiindependientes en algunas partes del hemisferio. Permanecen fieramente orgullosos de sus orígenes cimarrones y, en algunos casos por lo menos, fieles a las tradiciones culturales únicas que fueron forjadas durante los primeros días de la historia afroamericana (Price: 1981: 11)

### **Rebeliones y cimarronaje en la Nueva España**

En el caso de la Nueva España, los movimientos de rebelión y cimarronaje se manifestaron de manera temprana en diversos puntos del territorio virreinal, en aquellas regiones donde hubo una alta concentración de esclavos africanos, de hecho su densidad numérica, caracterizó el dinamismo económico de las regiones, condicionó la fuerza y vida de las revueltas e incluso su registro regular en las fuentes de la época.

Característica importante del cimarronaje novohispano, fue la unión de los negros con la población indígena, de acuerdo a las investigaciones más recientes sobre la población de origen africano en México, las revueltas cimarronas contaron con la amplia participación de los indios, incluso se encontraban dentro de los palenques. A pesar de que indios y negros convivían dentro de un sistema de explotación que los enfrentaba como si fuesen enemigos naturales, se dieron las alianzas entre indios y negros, la mayoría de las veces para hacer una causa común y luchar en contra de los europeos. (Martínez Montiel: 1995: 615)

Recordemos que los esclavos africanos llegaron a la Nueva España en remesas numerosas a partir de 1528, y de manera sostenida hasta 1640. De acuerdo a Aguirre Beltrán entre 1519-1650, la Nueva España recibió por lo menos 120 000 esclavos, equivalente a dos tercios de todos los africanos importados dentro de las posesiones españolas en América, en ese mismo período<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En el período que se conoce como el de los asientos portugueses, se introdujeron a la Nueva España aproximadamente 70.000 esclavos que significaron el 75% del ingreso total de esclavos en el tiempo que estuvo bajo la administración de España.

Ingresaron al virreinato, por dos causas fundamentales: el descenso dramático de la población aborigen (por efectos mismos de la conquista, enfermedades epidémicas, desplazamientos y trabajos forzados) y por la necesidad de los colonizadores de contar con la suficiente mano de obra para sus diferentes empresas económicas, como lo eran la minería, los obrajes, la vaquería, y la agricultura de productos de fuerte demanda en los mercados europeos como lo fueron el azúcar, el cacao, el añil, el tabaco, y mas tarde el café y el algodón. De hecho estas fueron las principales actividades económicas que devoraron al gran número de esclavos ingresados. Conforme avanzó el tiempo, la esclavitud se extendió a prácticamente todo el territorio novohispano y los esclavos desempeñaron todo tipo de trabajo, incluyendo los oficios artesanales reservados a españoles, por supuesto contraviniendo las leyes que limitaba su uso o presencia en los gremios.

David Davidson (Price: 1981: 81) señala que la concentración de población africana entre 1550 y 1650 se percibe en cuatro áreas bien definidas, estas mismas verán surgir al mayor número de rebeliones y movimientos cimarrones:

1) la del oriente, la de las tierras bajas que ocupan la costa entre Veracruz y Pánuco hasta las cuevas de la Sierra Madre Oriental. En ese tiempo, había entre 8 y 10 mil africanos, siendo el puerto de Veracruz el de mayor concentración de población africana, seguían las haciendas azucareras que ocupaban territorio desde el centro (en los alrededores de Xalapa) al sureste del hoy estado veracruzano. Aquí, en la región del Sotavento, junto a las haciendas cañeras coexistían los ranchos de ganado mayor que ocupaban en sus diversos quehaceres, a buen número de esclavos y descendientes de estos.

2) En la región norte y oeste de la ciudad de México había por lo menos 15 mil esclavos trabajadores en las minas de plata, en la ganadería, la cría de ovejas y los ranchos.

3) En el amplio cinturón que se extiende al sur hacia el oeste de Puebla hasta la costa del Pacífico, se encontraban otros 5 mil esclavos en las minas, haciendas azucareras y cacaoteras, en las estancias ganaderas, y en los muelles de Acapulco. Finalmente

4) La concentración más grande estaba en la ciudad de México y el Valle de México donde se encontraban empleados en ocupaciones urbanas de 20 a 50 mil africanos esclavos y libertos.

Como lo señalamos líneas atrás, la huida fue una de las prácticas más frecuentes, de manera individual o en pequeños contingentes. Los esclavos provenientes de las minas y de los campos de caña, solían establecerse en zonas agrestes, en las montañas la mayoría de las veces, pero relativamente cercanas a los caminos hacia esos centros mineros porque para sobrevivir atacaban con frecuencia las caravanas que los aprovisionaban. Esto explica la creación de una zona de alzamientos y ataques entre Veracruz, México, Zacatecas y Pánuco, desde mediados del siglo XVI.

Por supuesto que amos y autoridades se dieron a la tarea de combatir estas huidas, por lo que utilizaron diversas estrategias para evitar y combatir el cimarronaje, entre ellas el emplear a rancheadores, esto es personas que buscaban a los huidos y devolvían a sus amos por una cuota o pago.

Otros de los intentos que se tomaron para evitar las huidas y el cimarronaje fueron las diversas medidas punitivas tanto de amos como de autoridades. Castigar ejemplarmente con latigazos a los huidos y a quienes les ayudaran, colocarles grilletes, cadenas o collarines que les impidieran huir, encerrarlos en obrajes y minas. Sin embargo la frecuencia de las huidas no disminuyeron, ni tampoco las quejas de los propietarios. Más aún, las incursiones de negros cimarrones e indios en diversos puntos de las provincias de Veracruz, Huatulco, Zacatecas Guanajuato y Tampico, se incrementaron, dando la idea a la autoridad de que la unión entre indios y negros hacía ineficaz sus medidas restrictivas y represivas contra los infractores.

Entre 1571 y 1574, el virrey Martín Enríquez emitió una serie de decretos reales, que habrán de conformar un código contra los esclavos fugitivos en su lucha por no perder el control sobre la colonia y obligar a los funcionarios a participar con mayor rigor en el combate al cimarronaje. Los latigazos fueron el escarmiento más común a los huidos recuperados, su número variaba de acuerdo al tiempo que permanecían lejos de sus amos. La reincidencia se pagaba con la muerte o reducida en ocasiones con la castración. En noviembre de 1579, el virrey Enríquez señaló en su Ordenanza que

*por cuanto conviene en el castigo de los negros que se huyan del servicio de sus amos y se van a los montes, se han seguido y siguen grandes inconvenientes, así porque salen a los caminos a saltar como por otros excesos que se hacen [cuando se hallaren] sea preso y capado, sin que sea necesario averiguación de otro delito. (AGN: Ordenanzas: v. I: fol.34)*

También se dispuso que amos y autoridades locales deberían de redoblar la vigilancia sobre los esclavos, incluso se fomentó entre estos mismos la idea de ayudar a recuperar a los huidos a través de la recompensa. Asimismo se sancionaba a quines ayudaran a los huidos.

Sin embargo, la severidad de los castigos no terminaron con las huidas y el cimarronaje, pues estos continuaron e incluso se extendieron a otros puntos del virreinato. En 1626, de acuerdo a las apreciaciones del virrey Pacheco de Osorio, para los esclavos era tan fácil huir de los ranchos que se constituía en un acontecimiento diario. Tal situación llevó casi a la bancarrota a los rancharos, debido no solo a la pérdida de sus esclavos, sino también debido a las cuotas exorbitantes cargadas por los oficiales locales por capturara a los fugitivos. Los alguaciles y corregidores mantenían el monopolio de captura de esclavos en las regiones de ranchos y tuvieron grandes ganancias con la reventa de fugitivos, no siempre devueltos a sus propietarios originales.

Tempranas, fueron las sublevaciones organizadas por los esclavos negros en las principales ciudades del virreinato, fundamentalmente de la ciudad de México, que por su carácter político, siempre entrañó un peligro extremo para la estabilidad del territorio. De estas, se guarda memoria de dos insurrecciones cuyos alcances se muestran en la promulgación de leyes que intentarán impedir la posibilidad de los levantamientos.

La primera de estos ocurrió en la ciudad de México en 1537. El recién llegado virrey don Antonio de Mendoza fue informado de una posible conspiración de negros que debía estallar simultáneamente en la ciudad de México y en Amatepec,

poblado cercano a las minas de plata de Zacualpan y Sultepec, considerada para la época como la provincia de la plata<sup>2</sup>. De acuerdo a los informes, los españoles, cuyo número era menor al de los esclavos africanos, serían asesinados por estos quienes se apoderarían de la tierra. El movimiento estaría encabezado por un grupo de africanos descontentos que tenían elegido un rey y que sería apoyado por las masas de indios disgustados con los malos tratos que recibían. El intento rebelde fue sofocado a tiempo y con severidad: se aprendió a varios negros, se les descuartizó y saló como animales, para escarmiento de los demás. Parece que el virrey no quiso admitir la complicidad de los indios por esta vez y no hubo castigo para los nativos, más el suceso tuvo resonancia: que asustados por la actitud rebelde y la cuantía de los africanos, descuartizaron a unas cuantas docenas que supusieron pensaban alzarse con la tierra. (Ávalos Guzmán: 1941: 80)

Precisamente esta actuación violenta de los esclavos africanos provocó que el virrey Mendoza prohibiera a los negros y mulatos el uso de espadas, dagas o cualquier tipo de arma, aunque siempre quedó el recurso legal de solicitar una dispensa para hacerlo que tramitaban los amos.

Más tarde, su sucesor el virrey Velasco reitera la prohibición y su preocupación por la densidad de población africana, en 1553, ante el Emperador expresa su temor por la abundante población negra y mestiza existente, sobre todo, en la capital del virreinato, para ese momento los negros en número de 20.000 casi triplicaban a la población española. El virrey le propuso al Emperador, disminuir las licencias y sacar parte de ellos a las nuevas empresas conquistadoras o llevarlos a España para integrarlos a las tropas. Otros personajes de la administración – como el arzobispo Montúfar - consideraban que el problema podría enfrentarse con la fortificación de aquellas ciudades con predominio de población negra y mestiza. El emperador llegó a preguntar la conveniencia de prohibir el paso de más esclavos negros a la Nueva España, pero pese a todo la respuesta fue negativa porque se consideraba al negro imprescindible para la economía y solo se reiteraba la necesidad de un mayor control por parte de todos; virrey, Audiencia y Cabildos.

La segunda conspiración de negros que se dio en la ciudad de México fue la de 1612. El cronista indígena Domingo de San Antón Muñon Chimalpahin, relata los sucesos en su *Diario*. Este movimiento tuvo en realidad el profundo temor de los vecinos blancos de la ciudad de México hacia los africanos cuyo número rebasaba con mucho al número de los habitantes de origen peninsular. Se habló de una rebelión de negros congos, cuyos planes incluían además de la rebelión en contra de sus patrones españoles, su muerte y hacerse del poder porque inmediatamente gobernarían. Un negro de los conjurados sería nombrado Rey, y una mulata morisca que tomaría como esposa sería la Reina. Los testigos mencionaron que gobernarían sobre todas las regiones de la Nueva España y que darían títulos y cargos a los negros allí donde habrían de gobernar. Que los antiguos amos serían obligados a pagar tributos además de ser marcados en la boca. Se preveía la muerte de todos los varones espa-

---

<sup>2</sup> De acuerdo a Peter Gerhard (1986: 277), la minería de plata se inició en Amatepec quizá en 1531 y en pocos años había allí una creciente colonia de españoles mineros y esclavos tanto negros como indios. En 1569 en esta zona minera se menciona la existencia de 211 españoles y 6.992 negros.

ños y de las mujeres ancianas. Las de edad fértil y bonitas serían tomadas como esposas de los negros. Pero si había hijos varones serían desaparecidos y si eran mujeres se les dejaría vivir, para más tarde destinarlas como esposas de los negros; de esa manera se creía eliminar la amenaza de los blancos. Los planes de aniquilar a estos, incluyó a los miembros de las ordenes religiosas y clérigos, excepto a los carmelitas descalzos, a los dieguinos y a los jesuitas, a estos últimos por una cuestión práctica: serían los maestros de los negros. La organización de la insurrección se proyectó desde los primeros meses del año, y se pensó que el mejor momento era la procesión del Jueves Santo, en donde los españoles asistían en penitencia, sin armas, situación que facilitarían ser atrapados por los negros. Una vez privados de su libertad, los antiguos amos serían degollados. Este era el plan que se comunicaban entre sí los negros en lengua congo. Una persona blanca, al parecer conocedora de esta lengua, escuchó en la calle dichos planes y lo confió a otros, por fin la denuncia llega a las autoridades que deciden actuar con severidad ejemplar. Sorpresivamente la llegada de un contingente de cerdos a la ciudad rumbo al matadero, en la fecha planeada sobrecogió a la población española que, nerviosa, consideró se trataba del aviso del ataque de los negros. Las Autoridades con sorprendente rapidez, llegaron hasta los presuntos conjurados: 28 negros y 5 negras, treinta y tres personas fueron arrestadas, conducidas con grilletes a la cárcel para luego ser ejecutados en la plaza mayor. El verdugo cortó las cabezas de los insurrectos y fueron colocadas en picotas para escarmiento de futuras rebeliones.

Aún cuando ambas conjuras ciudadanas fueron intentos fallidos para huir de la esclavitud, su organización, descrita por los cronistas de la época, nos permite conocer y reflexionar sobre algunos aspectos de la configuración de las comunidades cimarrones. En este sentido, las intenciones de los conjurados deja ver las formas de organización social que asumirían, la administración del poder y el liderazgo, que parecen confirmar la idea de los especialistas, acerca de la ambivalencia de las posiciones que asumen los esclavos cimarrones arraigados a las tierras americanas. Se trata de una convergencia de objetivos que persigue el cimarrón en su lucha contra el blanco – explica Martínez Montiel - "por una parte quiere ser libre e independiente, exigiendo al mismo tiempo que sus adeptos lo reconozcan como soberano e inclinándose, por otro lado ante el poder europeo. A esto se añade que la consecución de sus modelos institucionales en tierras americanas implicó, además de la base cultural africana, la incorporación de formas de vida e ideas tanto europeas como indias" en una clara idea que el mestizaje incluyó no solo los aspectos biológicos sino también los culturales. (Martínez: 1995: 616)

Otros levantamientos ocurridos en este mismo lapso de tiempo, demuestran con claridad las variantes que los africanos utilizaron para construir esas comunidades cimarrones, donde habrán de convivir expresiones culturales de su patria de origen que lograron recordar con aquellas tomadas del medio social en el que se les había obligado a participar. Por otro lado, veremos que estas insurrecciones también implicaron respuestas diferentes del aparato de gobierno que incluyó la utilización de los ejércitos regulares, la formación de cuadros de vigilancia locales, la fundación de ciudades y hasta la negociación con los cimarrones, concediendo con ello la trascendencia de reconocer en los antiguos esclavos africanos a un interlocutor.

Dentro de las regiones delimitadas por Davidson, en la segunda donde florecieron las explotaciones mineras y las haciendas azucareras, empresas que utilizaron a un gran número de esclavos africanos, engendraron como es fácil suponer, los principales movimientos de rebelión y cimarronaje en la segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del XVII.

Las primeras rebeliones se manifestaron inicialmente en la zona minera del centro del virreinato y del centro-occidente que incluía a los reales de minas de plata más importantes por su producción para ese momento: Taxco, Zacualpan, Sultepec, Temascaltepec. Conforme fue avanzando la colonización minera hacia el norte del virreinato, estos movimientos se fueron extendiendo en diferentes direcciones: para 1580, las autoridades señalaban en sus reportes enviados a la metrópoli de huidas y levantamientos de negros que se sucedían en toda el territorio, destacándose para ese tiempo las acciones de esclavos negros escapados de las minas de Pachuca, Atotonilco y Taxco. Los esclavos de este último real de minas, buscaron refugio en el puerto de Acapulco, como en las pequeñas comunidades de la región de la Costa Chica.

Dentro de estas rebeliones, se registran las ocurridas en las minas de Guanajuato, entre 1560 y 1580. A las constantes y permanentes huidas de los esclavos negros de las minas, se sumaron, pronto las rebeliones. Estos negros huidos convertidos en cimarrones, se unieron a los indios chichimecas cuya fama de ser hábiles y feroces guerreros se demostró en sus incursiones contra los pobladores de la zona guanajuatense. Juntos indios y negros asolaron la región, haciendo destrozos en las propiedades de los españoles, pero también en los pueblos de indios, robaban ganado que vendía en las audiencias contrarias de donde perpetraban el robo, raptaban mujeres de los pueblos aledaños, asaltaban las cárceles y los caminos, hábiles consiguieron mantenerse fuera del ámbito de las incursiones de la justicia. (Guevara: 2002: 204) El ejército intentó combatirlos, entablándose una violenta guerra en la región con escasos resultados, pues además del conocimiento del terreno y la destreza que manifestaban los cimarrones e indios, los problemas administrativos de una zona fronteriza como lo era Guanajuato entonces entorpecía el flujo de las acciones militares.

Los estancieros, afectados también por las incursiones cimarronas consideraron que una medida de defensa a estos ataques sería la fundación de una ciudad donde estuviese el asentamiento de justicias lo que ayudaría a delimitar la jurisdicción de las audiencias y el intento de control de los cimarrones. De manera que convinieron con las autoridades la fundación de la ciudad de León, sin embargo las actividades de los negros cimarrones en la jurisdicción de la alcaldía mayor de León, apenas disminuyeron. Hoy en día la toponimia guanajuatense encontramos nombres como Cañada de Negros y Palenque que recuerdan a aquellos sitios que albergaron a los núcleos cimarrones.

Los levantamientos de esclavos unidos a los indios que también buscaban liberarse del yugo del trabajo, de los impuestos y de la sujeción fue una práctica frecuente a lo largo del virreinato: para las décadas de 1610-1630, los dueños de los ranchos de ovejas y las autoridades del noroccidente se quejan reiteradamente de las fugas de esclavos negros y mulatos así como de las uniones de estos con los indios

aborígenes del lugar, provocando revueltas menores pero sumamente difíciles de controlar, como la de Durango ocurrida en 1616.

### **La rebelión de Yanga**

La resistencia organizada de cimarrones en núcleos poblacionales representó un reto al sistema de control colonial y desde luego un peligro latente a la estabilidad de las colonias. Ante estos casos, lo mismo en Cuba que en Colombia, Ecuador y Jamaica o Surinam y La Española

*las autoridades blancas no tuvieron más remedio que pactar mediante tratados con los cimarrones concediéndoles la libertad y, en muchos casos la autonomía.* (Martínez Montiel: 1995: 610)

Un ejemplo claro de esta actitud en México se dio en el siglo XVII. La región de Córdoba, Veracruz experimentó constantes rebeliones de esclavos, incluso su fundación respondió a la política de las autoridades reales de acotar la actuación insumisa de los esclavos. La mayor de las rebeliones en la región, es también la de mayor fama dentro de la historiografía del tema y de la historia nacional: la de Yanga. Y lo es porque por más de 30 años, (el conflicto comenzó a finales del siglo XVI y no concluyó sino hasta entrado el siglo XVII) mantuvo en jaque a la administración colonial para luego de una serie de negociaciones, conseguir el reconocimiento del asentamiento cimarrón como una jurisdicción libre lo que lo convierte hasta ahora, en la Nueva España en el movimiento cimarrón de mayor éxito. Como lo señala David M. Davidson, esta experiencia demuestra que bajo una dirección capaz, los esclavos podían mantener una campaña guerrillera, negociar una tregua y ganar el reconocimiento de su libertad.

La rebelión inicial se gestó en los trapiches e ingenios establecidos en el Valle de Orizaba, en los lomeríos de Huilango y en las tierras fértiles y llanas que se ubican entre la sierra de Matlaquiahuitl y las escabrosas montañas de Zongolica. A esta zona de haciendas cañeras y estancias de ganado había llegado Yanga aproximadamente hacia 1579 a una de las haciendas de la región. Esclavo, de nación bran al poco tiempo huyó y se refugió en los montes aledaños. Se volvió cimarrón y se unió a las numerosas pandillas cimarronas que andaban en las cercanías del puerto de Veracruz. Durante todo este tiempo hasta entrado el siglo XVII, vecinos y autoridades se quejan de numerosos asaltos al camino y a las poblaciones vecinas al camino México-Veracruz. Para ese momento, se sabía que los cimarrones capitaneados por Yanga y operados militarmente por su maestro de campo Francisco de la Matosa de nación angola, se hallaban asentados en algún punto de la región, es decir se había formado un Palenque.

Las autoridades del puerto de Veracruz y de la ciudad de Orizaba informaron reiteradamente a sus superiores en el centro del virreinato, que las incursiones de los cimarrones mal armados, pero en número creciente provocaban enormes pérdidas económicas a los españoles de la región, además de sumir en la intranquilidad a todos los habitantes de la provincia.

Diversas campañas organizadas en la localidad y desde la administración central, fueron inútiles ante la sagacidad de los rebeldes, cuya actuación violentaba

fuertemente el status de la vida virreinal y de la autoridad. Para comienzos de 1609, la autoridad deseosa de terminar con los cimarrones de Yanga, organizó una expedición punitiva a cargo del capitán Pedro González de Herrera, su tropa estaba compuesta de cien soldados, con otros aventureros, ciento cincuenta indios de arco y flecha más doscientos hombres españoles, mulatos y mestizos reclutados de las estancias vecinas. Junto a estos dos clérigos castrenses, uno de los cuales el padre Juan Laurencio se convirtió en el informante más acucioso de la empresa (Aguirre Beltrán: 1988: 131) .

De acuerdo a sus narraciones, se percibe la intención retardadora de los cimarrones y su estrategia de entrapar a la expedición para derrotarla. Sin embargo al calor de la lucha los cimarrones pierden uno de sus refugios y se atrincheran en el segundo y comienzan las negociaciones de Herrera con los apalencados de llegar a un acuerdo de paz. Yanga y su gente escuchan, las negociaciones prosperan con altibajos: el capitán Herrera otorga el perdón general, los cimarrones quieren la libertad. Más aún, piden la fundación de un pueblo donde puedan asentarse en paz y libertad, bajo el liderazgo del "capitán Yanga que es el mayoral de ellos [de los cimarrones] ha de ser gobernador y después de él sus hijos y descendientes." (Aguirre: 1981: 133)

A través de diversos documentos que describen la organización del palenque y de las intenciones de cómo gobernar el pueblo, llama la atención el intento de los africanos por reproducir los modelos de una organización política semejante a la de África, con bases totalmente tribales. Asimismo se observa la evolución en la concepción de las reivindicaciones políticas, si antaño los líderes cimarrones reclamaban el rango de reyes como sus antepasados, ahora los hacían como gobernadores, capitanes o coroneles, inspirados ya en el arraigo a las tierras americanas.

También resulta notorio la adaptación económica que consiguieron en los palenques, la horticultura, forma económica muy común en este tipo de sociedades, se trabajó alrededor del cultivo del maíz, este y otros cultivos de "la tierra" como la calabaza, el frijol y el chile, les permitió el sustento y el sostenimiento de sus habitantes y con ello el desarrollo de la vida cotidiana mas o menos organizada.

Finalmente, tras larga resistencia en las montañas veracruzanas los cimarrones de Yanga consiguieron doblegar a la Corona española: lograron de esta, un acuerdo para fundar un pueblo el de San Lorenzo de los Negros, que sería habitado por los antiguos esclavos como hombres libres. Fue después de 1630 cuando la fundación quedó establecida. En la actualidad, esa población convertida ahora en municipio veracruzano lleva el nombre del libertador Yanga buscó la libertad suya y de los demás esclavos, pero también el derecho de estos a la tierra, a la autogestión de gobierno a la igualdad ante la ley y a su honra como individuos.

Para el siglo XVIII, Córdoba experimentó 5 rebeliones mayores entre 1725 y 1768 que incluyeron a más de 2 000 esclavos en cada ocasión. Es fácil suponer que todos estos conflictos tuvieron un efecto sobre los esclavos y el resto de la población.

Hemos intentado establecer la importancia del cimarronaje y de las rebeliones durante el periodo virreinal. Esta actitud de lucha por la libertad y el no sojuzgamiento estuvo vivo durante estos años y se puso como un anhelo en las luchas independentistas. La presencia de población de origen africano fue numerosa y en al-

gunos momentos determinante. Por ejemplo, los primeros esclavos que se sumaron a la causa independentista fueron los de los trapiches de Segura, en Maltrata, Veracruz. La mayoría de ellos quedaron a las ordenes de las huestes indisciplinadas del cura Alarcón, por lo menos hasta sufrir las derrotas definitivas.

Hubo también quienes próximos y leales al amo blanco desde las guerras de conquista, se quedaron solidariamente con él, o bien como miembros de la milicia engrosaron los batallones de pardos y mulatos, que se enfrentaron a piratas y rebeldes. De manera que en la guerra de independencia descendientes de los africanos engrosaron las filas realistas e independentistas, lo que confirma la movilidad social que el africano tuvo, pese a todas las dinámicas que se instrumentaron para evitarlo y también que estos estuvieron en la constitución de la nación mexicana.

### **Bibliografía:**

**Aguirre Beltrán, Gonzalo**, (1972), *La población negra de México*, México, Fondo de Cultura Económica.

**Aguirre Beltrán, Gonzalo**, (1988), "Nyanga y la controversia en torno a su reducción a pueblo" en *Jornadas de homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán*, Veracruz, México, Instituto Veracruzano de Cultura.

**Avalos Guzmán Gustavo**, (1941), *Don Antonio de Mendoza. Primer virrey de la Nueva España*, Morelia, Universidad Michoacana.

**Chimalpaín, Domingo de San Antón Muñon**, (1994), "La conjuración de los negros 1612" en *Lecturas históricas mexicanas*, t.1, selección, prefacio y notas Ernesto de la Torre Villar, México, UNAM.

**Gerhard Peter**, (1986), *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM.

**Guevara Sanginés María**, (2000), *Guanajuato diverso: sabores y sinsabores de su ser mestizo. Siglos XVI a XVII*, Guanajuato, México, Ediciones La Rana.

**Martínez Montiel Luz María**, (1988), "Las últimas sombras de la esclavitud" en *Jornadas de homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán*, Veracruz, México, Instituto Veracruzano de Cultura.

**Martínez Montiel Luz María**, (1994), "Nuestros padres negros. Las rebeliones esclavas en América" en *Presencia africana en Sudamérica*, México, CONACULTA.

**Price Richard**, (1981), *Sociedades cimarronas*, México, Siglo XXI.